

es la herejía, yo aceto la muerte de muy buena voluntad, como enviada de la mano de tan buen Señor, y os pido y ruego á todos los que aquí estais y sois católicos que rogneis á Dios por mí, y que me seais testigos desta verdad, y que muero en la comunión de la fe católica, apostólica y romana. Y protesto en esta última hora que la causa principal de haber procurado mi libertad ha sido el deseo y celo de restituir y ensalzar nuestra santa y católica religion en esta desventurada isla; y si viviera muchos años, no dejara de procurarlo, aunque ellos no pudieran ser muchos, por la poca salud y mucha flaqueza que tengo, como podeis ver; y así, voy contenta y alegre, porque, habiendo de morir una muerte, muero por tan buena causa.»

Acabado este razonamiento, se puso en oracion con sus dos damas, hablando en latin con Dios. Llegósele un dean hereje, que se llamaba Pedro Borungo, como quien la queria ayudar en su oracion y disponerla para aquel paso; miróle con aspecto grave y turbado, y no quiso que se le acercase, diciendo que ella era católica, y que en la fe católica protestaba querer morir. Quiso el perverso hereje porfiar y de nuevo tentar la constancia en la fe de la santa Reina; mas ella se enojó, y dió voces y dijo: «Callad, dean, que me turbais, y no os quiero oír ni tener parte con vos.» Y así, mandaron los condes al dean que callase, porque no diese pena á la Reina. Aunque uno dellos, que fué el Conde de Ken, la tornó á tentar y á desasosegar, burlándose del crucifijo que llevaba la Reina en la mano; pero no le valió, porque ella le tenía metido en su corazon. Y así, dijo al Conde: «Justo es que el cristiano en todo tiempo, y más en el de la muerte, traiga consigo el marco de su redencion.» Mostró otra vez deseo y ansia de algun sacerdote católico, y de nuevo se le negaron. Tornó á repetir que era inocente, perdonó á todos sus enemigos, rogó por los que injustamente la habian condenado á muerte, y particularmente por la Reina de Inglaterra. Animó y consoló á sus damas, que estaban allí caídas y atravesadas de dolor, avisándolas que convirtiesen sus lágrimas en oraciones por su ánima; que fueron las postreras palabras que les dijo. Luego se presentó á la muerte, enclavados los ojos en el cielo, como arrobada y suspensa, con una magnanimidad y constancia admirable.

¡Oh reina fuerte! ¡Oh reina constante! ¡Oh reina alumbrada y esforzada con el espíritu del cielo, para despreciar y hollar las cosas percederas de la tierra! ¿No os acordais, señora, de vuestra esclarecida sangre y soberana majestad? ¿No de aquel tiempo florido de vuestra mocedad, hermosura y gallardía? ¿No del trono, no de la corona real, no del cetro y señorío? ¿No de vuestra grandeza, mando é imperio? ¿No de los grandes señores y señoras que os servian, de las guardas y soldados que os acompañaban, de los pueblos y reinos que os obedecian y adoraban? Pues ¿cómo no os turba la memoria de todo eso que perdistes, y no os aflige

el trueque miserable y la suerte lastimosa que al presente teneis, viéndoos sola y desamparada, en un tablado, rodeada de sayones, el verdugo al lado y el cuchillo á la garganta, y que siendo reina ungida, moris por mano de otra reina, vuestra tia, de quien por serlo os fiastes? Ninguna destas cosas fué parte para que se turbase la santa Reina; porque tenía el corazon y los ojos puestos en el cielo, y sabia que esta vida es una comedia, y que todos los que viven en ella, aunque sean reyes, son representantes; y como amaba lo que es eterno, y deseaba lo que amaba, y moria por la fe católica, no se enflaqueció ni se turbó; antes con ánimo invencible, ella misma comenzó con sus propias manos á bajar el collar de su ropa para aparejar el cuello al golpe. Quisola ayudar el verdugo, y ella estuvo tan en sí, que le dió de mano, diciendo que aquél no era su oficio. Una de sus damas le puso el velo delante de los ojos, y con esto, puesta de rodillas, dijo ciertas oraciones, y suplicó con grande afecto y amorosos suspiros á Dios nuestro Señor que ya que, por sus pecados, no había merecido en su vida alcanzar de su divina Majestad el remedio y salud de aquel triste reino de Inglaterra, á lo ménos acetase en aquella hora su muerte y la sangre que por su fe y verdad derramaba, y le ofrecia, por la conversion de tanta gente descaminada y perdida; invocando para esto á la serenísima Reina de los ángeles, nuestra Señora, y á todos los bienaventurados espíritus y santos del cielo, é importunándolos mucho que acompañasen y favoreciesen aquella su oracion, y alcanzasen ellos del Señor lo que ella por sí no merecia. Hizo asimismo oracion por toda la santa Iglesia, por el Papa, por el Rey su hijo, por el Rey de Francia y Rey de España, y por la misma Reina de Inglaterra, pidiendo á Dios con corazon afectuoso y ardiente que la alumbrase y convirtiese á su santa religion. Con esto dijo tres veces aquellas palabras: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*. Luego puso la cabeza sobre el madero, y el verdugo se la cortó con una hacha, unos dicen en dos, otros en tres golpes, y la tomó en la mano, diciendo en voz alta: *Dios guarde á nuestra reina Isabel, y esto venga sobre los enemigos del Evangelio*. Y la alzó y mostró á todos los circunstantes; y despues, por una ventana, la mostró á los que estaban defuera. Voló el espíritu de la santa Reina, puro y limpio y lavado con su sangre, al cielo, dejando al cuerpo, su compañero, tendido en el suelo y revuelto en la misma sangre; y con este espectáculo quedaron sus criados desmayados y llorosos, los circunstantes atónitos, los herejes alegres y los católicos desconsolados y afligidos; el Rey, su hijo, y el Cristianísimo Rey de Francia, su cuñado, obligados á vengar esta injuria tan atroz de su madre y hermana; y los demas reyes de la cristiandad á castigar la afrenta que el nombre y majestad real (que es reverenciado en todo el mundo) en la muerte de María, reina de Escocia, ha recibido; la cual ha permitido Dios para que entendamos todos que hay otra vida, y en ella premio cier-

to y castigo; pues en ésta muere María, reina, por mano de Isabel; y que no hay seguridad ni firmeza en las coronas, cetros y señoríos; pues una reina tan esclarecida de Escocia y Francia murió á manos del verdugo de Lóndres. Y para que todo el mundo quede asombrado, por una parte, de tan bárbara crueldad, y por otra, esforzado, con este ejemplo, para morir por la fe católica, y acabe de entender cuán horrible monstruo es la herejía. Cubrieron el cuerpo con un paño negro, y llevaronle á un aposento, y al momento sonaron todas las campanas de la comarca y hicieronse luminarias; y lo mismo mandó la Reina de Inglaterra se hiciese en la ciudad de Lóndres, con grande fiesta y regocijo; y la misma Reina se paseó por la ciudad (á lo que dicen) sobre un caballo blanco, para mayor muestra de su contento y alegría. Éste fué el fin de María Stuarda, reina de Escocia y de Francia, y ésta es la historia y lastimosa tragedia, escrita breve y sencillamente. Aunque los herejes (como snelen), para dar color á su impia y bárbara crueldad, dan otras causas desta muerte (como he dicho) é infaman falsamente á la Reina. No pudieron sus criados alcanzar que les diesen el cuerpo, para desnudarle ellos con la decencia y respeto que se debía, sin que el verdugo le tocase; antes él le quitó la escotia de la cabeza, la cual pareció allí blanca y llena de canas, y despues trató el cuerpo con sus manos sangrientas como quiso, para que la sustancia deste hecho y los accidentes y circunstantias dél todo fuese de una misma manera. Recogieron toda la sangre de la santa Reina, lavaron todas las cosas que habian sido teñidas della, hasta los vestidos, tablas, madera, y quemaron el paño negro que estaba sobre el tablado, y habia sido manchado de la sangre copiosa que se habia derramado encima dél. Y todo esto se hizo porque no quedase rastro ni señal de aquel martirio, ni cosa de que para su devocion se pudiesen aprovechar los católicos; de la manera que se hizo en Francia en la persecucion de Vero, emperador; porque quemaban todas las cosas que habian sido de los santos mártires, y echaban en el rio Ródano las cenizas para que no quedasen por reliquia, y con la vida del cuerpo se acabase su memoria, como lo dice Eusebio (1). Vivió la santa Reina cuarenta y cuatro años y casi dos meses; nació el año de mil quinientos cuarenta y dos, de la ilustrísima sangre de la casa Stuarda y de Lorena; murió, como hemos dicho, á los diez y ocho de Febrero de mil y quinientos ochenta y siete, conforme al calendario gregoriano. Fué muy hermosa. Sabia bien las lenguas escocesa, inglesa, francesa, española y latina. Su cuerpo, dicen que al cabo de algunos meses se enterró en Petriburgo, donde está enterrado el cuerpo de la santa reina doña Catalina. Pues si esta historia es verdadera, como se dice y se escribe, *obtupescente, caeli, et desolamini, porta ejus, vehementer* (2); maravillaos, cielos, y

las puertas del cielo, asombraos en gran manera. Y la razon de maravillarse es, que en nuestros días, entre hombres que tienen nombre de cristianos y prudentes y políticos se haya hallado un ejemplo tan atroz y de tan extraña crueldad, cual entre bárbaros, infieles é insensatos hasta ahora jamas se ha visto ni oído; porque, ¿qué mayor inhumanidad puede ser, que no amparar una reina á otra reina, su vecina, viéndola desamparada y oprimida injustamente de sus vasallos? ¿Qué mayor desamor, que no dar la mano la tia á la sobrina, y la que está sentada en el trono real á la que legitimamente le ha de suceder? ¿Qué mayor infidelidad, que prender y tener cautiva tantos años á una reina que, convidada, rogada é importunada de otra reina, entró en su reino debajo de su palabra y fe real? ¿Qué mayor crueldad, que tratarla tantos años, no como á reina ni con el respeto que se debe á una tan alta princesa, y no quererla ver ni oír, ni darle un sacerdote para su alivio y consuelo? ¿Qué, no concederle que su cuerpo fuese llevado á Francia, como ella misma, por la postrera gracia, con tanto encarecimiento se lo habia escrito y rogado? ¿Qué mayor hipocresía que buscar color para cubrir esta misma impiedad con velo y capa de justicia? ¿Puedese esto encarecer ó creer? ¿Hay entendimiento que lo alcance ó lengua que lo explique como ello es? Pues áun no es esto lo fino desta maldad; no ha llegado á su punto esta fiera y bárbara hipocresía. Reyes ha habido que mataron á otros reyes por venganza ó por asegurar sus estados y señoríos; pero hacianlo de manera que en su misma crueldad habia algun rastro ó señal de humanidad; porque daban muestras de tener sentimiento de lo que hacian y respeto á la majestad real en el modo con que lo hacian. Pero ¿quién jamas ha visto ni oído que una tia á su sobrina, y una reina á otra reina, le mandase cortar la cabeza por manos del verdugo ordinario, que las tenia ensangrentadas en atormentar y despedazar á los ladrones, homicidas y hombres facinorosos de la república? ¿En qué historia de indios y bárbaros se lee que se hayan hecho luminarias, fiestas y regocijos por la muerte de una reina inocente, y que la misma reina que le da la muerte, se vista galana y pasee la ciudad á caballo con alegría, como quien triunfa de su enemiga? En Inglaterra sólo se ha hecho esto en todo el mundo, y por mano de herejes se ha hecho, y por ellos solos se podia hacer. Porque, como la herejía es un monstruo infernal, todos los frutos que nacen della son monstruosos é infernales. Y si para conocer esta verdad no bastaban los innumerables ejemplos que ántes teniamos de crueldad, violencia y tiranía que han usado los herejes en nuestros tiempos, este solo basta por todos, y bastará en todos los siglos advenideros; pues es tal, que en Tartaria y en la Scitia y en cualquiera nacion, por áspera, fiera é inhumana que sea, los mismos bárbaros, cuando lo oyeren, no le creerán.

(1) *Hist. eccles.*, lib. v, cap. 1.

(2) *Ierem.*, II.

CAPÍTULO XLI.

La felicidad que los herejes de Inglaterra predicaban de su reino.

Ya hemos visto la clemencia de la Reina de Inglaterra y de sus ministros. Buen argumento es della la muerte cruel de la Reina de Escocia, con la cual, y con la turbacion de los otros reinos y estados (de que hemos tratado) han quedado los herejes tan ufanos, que con estar Inglaterra como está, y como se puede sacar desta historia, no faltan lisonjeros y hombres de conciencia rotos, y de vida y de fe perdidos, que escriben y publican que nunca aquel reino estuvo en mayor prosperidad; tomando esto por argumento para persuadir que su falsa religion es verdadera, pues así es favorecida de Dios. Mas en lo uno y en lo otro se engañan, porque la sobrada prosperidad y copia de bienes temporales no es cierta señal de los que la tienen, ser más amigos y más favorecidos de Dios, pues él da estos bienes á los buenos y á los malos, á los fieles é infieles, como cosas que son indiferentes y de poca sustancia. Antes en esta vida Lázaro (1) recibe males, y el rico avariento bienes, y Antiocho despoja el templo y el *sancta sanctorum* (2), y los que confiesan y adoran á Dios son dél maltratados y afligidos. Y esto permite el Señor para que los buenos, ó purguen acá, con la tribulacion, algunas culpas que, como hombres, tienen, ó acrecienten sus merecimientos, y no le sirvan por cosas tan bajas y rateras como son las de la tierra, y los malos con ellas sean pagados de algunas buenas obras que hicieron, y castigados de las malas en el infierno. Y por esta causa, muchos santos tienen por cosa peligrosa, y señal de la ira y indignacion de Dios, la larga y continua prosperidad de los bienes temporales que tienen los malos en esta vida. Porque aunque el vulgo llame bienaventurado aquel *cujus hæc sunt*, el Profeta, con lumbré del cielo, dice: *Beatus populus cujus dominus Deus ejus* (3). Pero aunque fuese verdad (que no lo es) que la extraordinaria prosperidad de los bienes temporales es señal del favor extraordinario de Dios, es tan al revés lo que ellos dicen de Inglaterra, que ningun reino ni provincia de cristianos calienta hoy el sol, que esté más miserable y afligida. Lo cual dirá, no el vulgo inorante, que toma las cosas á bulto, sino cualquiera persona cuerda y grave, que las pesare con justo y verdadero peso. ¿Qué felicidad puede tener un reino donde no reina la justicia, por la cual cada uno es señor de lo que es suyo y de sí; donde no hay sosiego y quietud; que está lleno de cargas, de agravios, de sospechas y temores? ¿Hay justicia en Inglaterra? ¿Júzgase segun las leyes del reino, ó segun el apetito y antojo de los jueces, que la tuercen á su voluntad? Hablaré lo que he leído en libros de autores graves, ó he oído á personas dignas de fe, por ser virtuosas, cuerdas y muy expe-

(1) Luca, XII.
(2) Macha., I.
(3) Psal. CXXIII.

rimentadas en las cosas de aquel reino, y que tienen mucha noticia dél. No hay más justicia que el favor, ni otra ley que la gracia ó desgracia de la Reina y de sus consejeros, ni otro medio para alcanzarla sino el comprarla, ni otros testigos sino falsos; y hay en esto tan grande estrago y corrupcion, que se venden y emprestan los testigos y juramentos falsos, y se hallan muy fácilmente para todo lo que se quiere. Y no es maravilla que el hereje, que es infiel á Dios, lo sea tambien, en la administracion de la justicia, con los hombres. Pues los que tienen casas, tierras y heredades ó censos, juros y rentas, son forzados á venderlas, aunque no quieran, y darlas al precio que quisiere cualquiera persona del Consejo de la Reina ó que tuviere su favor. Y el caballero, mayorazgo ó mujer rica no se puede casar á su voluntad con quien bien le está, sino con quien le fuere mandado, y esto sin réplica y sin alguna excusa; porque, de otra suerte, serán afligidos y maltratados. Grave cosa es padecer sinjusticias de cualquiera persona, pero gravísima padecerlas de los mismos que tienen la vara de justicia, y están obligados, por razon de su oficio, á deshacer los agravios y injusticias de los otros; porque es cosa sin remedio, cuando la tiranía, con nombre y título de justicia, armada de poder, ejecuta sus agravios y violencias, como se hace en Inglaterra. Pues la moneda usual de oro y plata no es tan pura ni fina como fué antes que entrase en el reino la herejía; porque en tiempo de Enrique VIII y de Eduardo y Isabel, sus hijos, se ha falsificado y mezclado con otros metales, y así vale mucho ménos la moneda que antes valia; y ésta es otra sinjusticia, y tanto más dañosa y perjudicial, cuanto es más general, y toca, no á pocas personas, sino á todas las del reino. A esta causa la mercadería más rica y de más precio y más gananciosa para los ingleses, y la que ellos con más solicitud y cuidado buscan, es el oro fino de los escudos y la plata cendrada y pura de los reales de España, para falsificarla y mezclarla con la suya. ¿Qué diré de los pechos, alcabalas y tributos con que está cargado todo el reino de Inglaterra despues que comenzó en ella este lastimoso cisma? Pero dejemos lo que hicieron los reyes Enrique VIII y Eduardo VI, su hijo, pues en esta historia, cuando hablamos dellos, se contó; y digamos solamente lo que la reina Isabel hace, y lo que al presente pasa en Inglaterra. Con no haber habido en ella guerra defensiva, ni haber sido acometido aquel reino en estos treinta años, ni tenido necesidad de imponer nuevas gravezas para su defensa; con todo eso, cada tres años suele la Reina imponer á todo el reino una muy pesada carga. Porque ha llegado á mandar que los eclesiásticos le paguen la tercera parte de sus rentas de cada un año, y los nobles y caballeros la cuarta, y la quinta la gente popular; de suerte que en tres pagas coge para sí todas las rentas eclesiásticas, y en cuatro las de la nobleza, y en cinco las de todo el reino. Pero dejemos estos y otros males, pues no

son los mayores que hay en Inglaterra. No son los pecados del rey Enrique y de Eduardo é Isabel, sus hijos, tan ligeros, que con penas tan ligeras como éstas se hayan de purgar; mas son tales, que no se pueden castigar en esta vida sino con ellos mismos, permitiéndolos el Señor para castigo y pena de los mismos que los cometen, afligiendo á todo el reino con los efectos que de los mismos pecados y maldades nacen, como mala fruta de mal árbol. Y así, sacando unos pocos que gobiernan y mandan, y hacen y deshacen lo que quieren á su voluntad, y por esto parece que viven con alguna prosperidad y contento (aunque, por ser fundado en tiranía y agravios de muchos, no puede ser verdadero y durable), todo el resto del reino está miserablemente oprimido y afligido, y necesariamente ha de vivir descontento y con las penas que consigo trae la herejía. Y para que esto mejor se entienda, se ha de advertir que toda Inglaterra está partida en dos partes: la una es de los que son católicos, que es la mayor y la mejor; y la otra es de herejes, que es la menor y peor. Los católicos, unos son verdaderos y macizos; otros, aunque lo son de corazón, por temor de las penas obedecen en lo exterior á los mandatos de la Reina y del Parlamento. Los herejes (que ellos llaman protestantes), unos son calvinistas, otros puritanos; que estas dos son las principales sectas, dejando otras muchas que hay de ménos nombre y estima. Pues no tomemos este negocio á carga cerrada, sino desenvolvámonle y despleguemos lo que está cogido, y vamos desmenuzando y considerando en particular la felicidad ó miseria que cada una destas suertes de gente tiene, para que por ella examinemos y entendamos esta prosperidad que nos predicaban del reino de Inglaterra. Porque si cada uno de los miembros y partes dél halláremos que está afligido y miserable, necesariamente habrémos de confesar que todo el cuerpo que se compone de estos miembros lo está, pues no tiene otro sér el todo, que el que resulta de sus partes. Y comencemos por aquellos á los cuales en todas las naciones del mundo, aunque sean infieles y bárbaras, siempre se da la primera honra y el primer lugar, que son los sacerdotes y perlados. ¿Qué miserias y calamidades no ha padecido y padece el clero de Inglaterra? ¿Qué obispo ó perlado católico ha quedado, que no haya sido depuesto de su dignidad, echado de su Iglesia, despojado de sus bienes, desterrado de su patria ó afligido con cárceles y prisiones, y muerto con extraña crueldad y violencia? No hay para qué contar las vejaciones y tormentos que padecen los otros sacerdotes católicos, pues del discurso desta historia se puede sacar; pero mucho mejor lo entenderia el que viese las cárceles llenas de sacerdotes y católicos y siervos de Dios; el que viese los grillos, cadenas, esposas, cepos y nuevos géneros de tormentos con que cruelísimamente son descoyuntados y despedazados; el que viese la indecencia, gritería y inhumanidad con que los llevan al tribunal entre gente perdida, y las calumnias con que los

aprietan, y la injusticia con que los condenan. ¿Cuántos católicos ha habido que, despues de haberles quitado sus haciendas, han sido condenados á cárcel perpétua! ¿Cuántos que en la misma cárcel han muerto de hambre, mal olor y peor tratamiento! ¿Cuántos que han sido arrastrados, colgados, desentrañados y hechos cuartos por nuestra santa religion! ¿Cuántos hombres honrados y ricos han venido á extrema pobreza y perdido sus patrimonios y haciendas, por las calumnias de mal-sines, mentiras de acusadores, falsos juramentos de testigos desalmados y por la maldad de inicuos jueces! ¿Cuántos han sido forzados á salir del reino y andar peregrinando fuera dél con suma pobreza y incomodidad, ó vivir en él á sombra de tejados, huyendo de un lugar á otro, escondiéndose entre breñas, montes, bosques y desiertos, y á las veces entre pantanos, por escapar del impetu y furor de los herejes! ¿Cuántas mujeres casadas se han apartado miserablemente de sus maridos, por haber ellos huido y sido desterrados ó presos! ¿Cuántos hijos han quedado huérfanos! ¿Cuántas doncellas honestas solas y desamparadas! Son tantas, que no se pueden contar ni explicar las calamidades y miserias que los verdaderos católicos, ricos y honrados, hoy dia padecen en Inglaterra. Pues los labradores y oficiales católicos, y la otra gente menuda, como no pueda pagar las penas pecuniarias que por las leyes están impuestas á los que oyen misa ó no van á las iglesias de los herejes, son por ello afligidos y atormentados, para que paguen con el cuerpo lo que no pueden con la bolsa. Á unos sacan á la vergüenza, afrentándolos y azotándolos públicamente. Á otros les horadan ó cortan las orejas. Á otros les dan otras penas más rigurosas. Estos todos, que son infinitos y la mejor parte del reino, no podemos decir que gozan desta prosperidad. Pues los otros que son en el corazón católicos, aunque exteriormente, por temor de la pena, obedezcan á la ley, no son más dichosos ni gozan de mayor prosperidad. Porque, aunque en la apariencia disimulan y van á las iglesias de los herejes, con todo eso, porque no se pueden encubrir tanto los corazones, que por algunos indicios no se barrunte lo que hay en ellos, los herejes los aborrecen y no se fian dellos, y están siempre sospechosos, y les miran á las manos, y hacen exámen y pesquisa de sus vidas, y ellos viven en perpétua congoja, solicitud y temor. Y peor es el tormento de la propia conciencia, que los despedaza y consume; pues por una parte juzgan que los artículos que se les proponen, y ellos juran, son falsos y monstruosos y contra Dios y sus conciencias, y por otra los abrazan y obedecen, por no perder sus haciendas y sus vidas. Y oyen cada día á los ministros de Satanás, que ninguna cosa leen, hablan y predicán sino blasfemias contra Jesucristo, nuestro redentor, y su vicario, y contra la Iglesia y los sacramentos, y santos del cielo y de la tierra. Y no solamente viven en este congojoso y miserable estado, pero muchas veces muer-

ren en él; porque, por el amor que tienen á sus mujeres y á sus dulces hijos, no se atreven á descubrirse, queriendo ántes perder sus ánimas que los que bien quieren pierdan sus haciendas. Éstos, que son innumerables, tampoco se pueden llamar felices. Pues los herejes, ¿qué paz y felicidad pueden tener, con la turbacion y inquietud de sus conciencias, con la variedad de las sectas y contrariedad de opiniones, y la mudanza que cada dia hacen de sus dogmas? Entre los calvinistas y puritanos hay tan grande disension, que cada dia escriben los unos contra los otros; y los puritanos, que se tienen por más celosos y de mejor conciencia, tienen la secta de los calvinistas por una quimera, y escriben públicamente contra ella y contra la Reina y los de su Consejo porque la permiten, y dicen que ninguno en ella se puede salvar. En esto muestran que ni tienen contento, ni lo pueden tener, pues vacilan y altercan en la religion, la cual es el fundamento de toda la prosperidad y felicidad de la república, y faltando ella, necesariamente ha de caer y faltar, como nos lo enseña la experiencia. ¿Qué felicidad puede tener un reino donde ninguno puede entrar sin ser mil veces catado y examinado, y preguntado y apretado con mil juramentos, ni salir dél sin licencia expresa, dada por escrito de la Reina, como si todo él fuese una cárcel, y ella sola tuviese la llave para abrirla? ¿Qué seguridad puede haber donde hay tantas causas de temer por haber quebrantado todas las leyes divinas y humanas, y contra las ligas y confederaciones y amistades antiguas, movido guerra á los príncipes y reyes vecinos y poderosos, favorecido á sus rebeldes, conmovido sus pueblos, usurpado sus ciudades, robado las haciendas de sus súbditos, destruido la religion y abrasado con fuego infernal sus estados, reinos y señoríos? ¿Qué quietud y sosiego puede haber donde, en sabiendo que un pobre clérigo llega para decir misa, tiemblan como si trajese consigo la pestilencia y asolamiento del reino; donde, en viendo venir de lejos alguna nave, se teme no vengan contra el reino; en sabiéndose que algun príncipe católico hace gente, se piensa que es contra él; en fundándose algun seminario ó colegio, en cualquier otra provincia, para recoger y amparar á los católicos ingleses que andan desterrados de sus tierras, en dándoles favor ó socorro, luego sueñan que es contra su estado y para destruición de su reino? ¿Qué bienaventuranza puede tener un reino que está colgado de la vida de una mujer no moza ni muy sana, y que no sabe quién la ha de suceder, ni á quién pertenece el derecho de la sucesion; donde ni se puede hablar ni tratar dello, so pena de perpétua cárcel y perdimiento de sus bienes, por ley expresa y decreto del mismo reino, como en esta historia queda referido? (1). ¿Qué hombre ilustre y rico hay en el mundo, á quien no tuviésemos por desdichado si no supiese ó no quisiese saber quién

(1) Lib. II, cap. XXVIII.

había de ser heredero de sus bienes? Pues ¿con cuánta más razon se puede tener por miserable un reino que se ve en tan grande aprieto y necesidad, y sabe cierto que el postrer día de la vida de la Reina ha de ser el postrero de su sosiego y quietud, como lo confiesan los consejeros de la misma Reina, y dicen que con ella morirá y quedará enterrado el reino, por las revueltas que necesariamente se le han de seguir, á causa de no estar declarado el sucesor, ni poderse tratar dél? Pues la misma Reina no tiene mayor felicidad que los de su reino, así porque la verdadera felicidad de los buenos reyes consiste en la felicidad de sus vasallos, como por las congojas y sobresaltos que necesariamente ha de tener, viendo á su reino afligido y descontento, y los príncipes y reyes poderosos ofendidos con tanta razon y enojados contra sí; y viéndose así puesta en tal estrecho, que ha mandado hacer ley en el parlamento de su reino (2), que ninguno pueda matar á la Reina. Pero si esta ley se hizo para mostrar el verdadero temor que tiene la Reina de ser muerta, bien se ven las olas y tormentas de su corazon, y que con ellas no puede ser cumplida su felicidad. Y si la ley se hizo para dar á entender que tiene temor, aunque no le tenga, y por este camino hacer odiosos á los de la Compañía de Jesus y á otros sacerdotes católicos, como revoltosos y hombres que maquinan alguna traicion contra su vida, ¿qué mayor infelicidad puede ser que haber de sustentar su estado con semejantes embustes y artificios? Pero todos ellos, y las calamidades y miserias que en esta historia habemos referido, y otras gravísimas é innumerables que se podian contar, son frutos del cisma y herejía que agora florece en Inglaterra

CONCLUSION DESTA OBRA.

Acabemos ya la historia desta sangrienta y lastimera tragedia. No pasemos adelante en referir otras innumerables cosas que podríamos, graves, extrañas y propias della, porque todas son del mismo jaez de las que quedan escritas, y declaran, ó la impiedad de la Reina de Inglaterra contra Dios nuestro Señor, ó la crueldad contra sus siervos, ó la sinrazon y temeridad contra los otros reyes, ó la disimulacion é hipocresia con que todo esto se hace. Juntemos, pues, este fin con el principio deste libro. Visto hemos el principio miserable del cisma de Inglaterra, y cómo se plantó con incesto y carnalidad, y se ha regado con sangre inocente, y ha crecido y se sustenta con agravios y tiranía; el pecado y castigo del rey Enrique y de Ana Bolena; la flaqueza de los perlados en no resistir á los príncipes, y la penitencia que desta culpa hicieron con ser despojados de sus dignidades, haciendas y vidas; la lisonja y sumision de la nobleza de aquel reino, la cual, engañada de Isabel con falsas esperanzas, consintió en la mudanza de la religion, y

(2) Cap. 1 *Decretorum in Parlamento, 29 Martii 1535.*

agora hora la pena deste pecado. Habemos visto lo que va de reina á reina, de la santa reina doña Catalina, primera mujer del rey Enrique, á las cinco que tuvo despues; de la reina doña Maria, su hija, á Isabel, hija de Ana Bolena, que agora vive; la ruina de los monesterios, la destruición y saco de las iglesias, el asolamiento de las religiones, la crueldad y tiranía de los herejes, y la paciencia y constancia de nuestros santos mártires. Pues ¿qué habemos de sacar de aquí? ¿Qué habemos de aprender? ¿Qué nos enseñan estos ejemplos, sino que miremos bien dónde ponemos el pié, y á quién seguimos y por dónde andamos; pues es cierto que los caminos torcidos tendrán hoy dia el mismo paradero que tuvieron los años pasados, y que en todo tiempo el que sembrára corrupcion cogerá muerte y corrupcion? ¿Quién no refrenará sus pasiones desordenadas y se irá á la mano en ellas, viendo al rey Enrique anegado en un abismo de infinitas maldades por haberse aficionado locamente á una mujer baja, deshonesta, fea, hija y hermana de sus amigas, y lo que es más, hija suya propia dél, y haberse descasado de su legítima mujer por casarse con ella, y que ella misma le haya dado tal pago, que para castigo de sus culpas le haya sido cortada públicamente la cabeza? ¿Quién no pondrá tasa á su ambicion, viendo el fin que tuvo la de Volseo? ¿Quién se fiará de la privanza y favor de su rey, considerando la cumbre de privanza y trono en que estuvo Cromwelo, y su miserable caída? ¿Quién hará caso de las dignidades y cargos alcanzados con malos medios y artificios, si pusiere los ojos en la entrada de Cranmero en el arzobispado Cantuariense, y su salida? Pues ¿qué diré de la impiedad del Protector y del loco atrevimiento de Juan Dudley, y de los servicios lisonjeros de los duques de Suffolk y de Norfolk, y del fin desastrado que todos tuvieron, por justo juicio de Dios, que, aunque un tiempo sufre con blandura y espera con paciencia, al cabo castiga con severidad, y recompensa la tardanza con la terribilidad de la pena? ¿A quién no pone admiracion la devocion, paciencia y prudencia de la santa reina doña Catalina, y la firmeza y constancia en la fe de su hija la reina doña Maria, y el ánimo y esfuerzo en derramar su sangre por Cristo de la otra Maria, reina de Escocia, cuyas vidas se cuentan en esta historia? ¿Qué fortaleza resplandece en los santos mártires que han padecido por nuestra santa religion en tiempo del rey Enrique y de Isabel, su hija! ¿Qué rayos tan esclarecidos se descubren de sus virtudes! ¿Qué testimonios de su fe y esperanza! ¿Qué pruebas de su caridad, esfuerzo y valor! ¿Cómo se ve el poder de la verdad católica, pues así triunfa de la mentira! Y los que la enseñan y mueren por ella, caidos se levantan, y muertos viven, y de la ignominia pasan á la honra, y de la cruz á la corona y gloria inmortal. Todos estos ejemplos debemos nosotros tener delante, para huir los malos, é imitar y seguir los buenos; que éste es el fruto que desta historia debemos sacar; porque entre los

otros títulos y alabanzas que se dan á la historia, es una y la más principal ser *magistra vite*, ser maestra de la vida humana, porque enseña lo que se debe huir y lo que se debe obrar. Por esto se escriben los ejemplos abominables de los hombres malvados, y los castigos que tuvieron, para que nosotros temamos y escarmentemos, y nos guardemos de caer en ellos; y se escriben las virtudes heroicas de los varones santos y excelentes, para que sepamos que está ya trillado el camino de la virtud, y que no es tan áspero como parece, y sigamos las guías que con tanta alegría y esfuerzo nos van delante. Y esto, no sólo se ve en las historias profanas de cuantos graves autores las han escrito, sino tambien en las eclesiásticas que escribieron santísimos doctores y varones admirables, que fueron lumbreras y ornamento de la Iglesia católica. Y lo que es más, esto mismo se ve en las sagradas letras, inspiradas y dictadas por el Espíritu Santo, en las cuales, así como se escribe la obediencia de Abraham, y la sinceridad de Isaac, y la tolerancia de Jacob, y la castidad de Josef, y la aparicion de Job, y la mansedumbre de Moisés, y la devocion y confianza en Dios del rey David; así nos pinta el adulterio del mismo David, la insipiencia de su hijo el sabio Salomon, la flaqueza del fuerte Sanson, y otros innumerables ejemplos de crueldad, reyes y pestilentísimos tiranos, para que sigamos los buenos y evitemos los malos. Y por esto dijo el glorioso apóstol san Pablo que todo lo que está escrito en la divina Escritura, está escrito para nuestro enseñamiento y doctrina; porque todo lo que en ella se escribe sirve, ó de freno para el vicio, ó de espuela y estímulo para la virtud; pero, aunque podamos aprender desta historia lo que habemos dicho, dos provechos, entre otros, son los más principales que debemos sacar: el primero es, conocer bien y aborrecer la herejía; el segundo, criar en nuestros pechos un vivo y encendido celo de la honra de Dios y de la salvacion de las ánimas de los ingleses, nuestros prójimos, que vemos tan descaminados y perdidos. Para saber bien cuán pernicioso y espantoso monstruo es la herejía, sería menester que tuviésemos lumbrera del cielo; porque con ella penetraríamos lo que es, y cuán rica joya es la fe, y las virtudes inestimables y tesoros y riquezas infinitas que se encierran en ella; pues es la raíz, origen y fundamento de todas las virtudes, las cuales faltan faltando la fe, y se secan como se seca el árbol, cortada la raíz que en ella se sustenta, y sabemos que la fe se pierde por la herejía. Mas, dejando esto aparte, si queremos entender algo de las calamidades que ella trae consigo, pongamos los ojos en las que ha acarreado al reino de Inglaterra, que son tantas, que no se pueden contar, y tan extrañas, que no se pueden creer; pues vemos en esta nuestra historia mil monesterios por ella asolados, diez mil iglesias profanadas y destruidas, derribadas por el suelo las memorias antiguas de los santos, quemados sus cuerpos y derramadas al viento sus cenizas sagradas,

echados de sus casas con violencia todos los religiosos, violadas las monjas consagradas á Dios, é innumerables siervos suyos descoyuntados con atroces tormentos. Vemos á una mujer, hija y nieta de Enrique VIII, é hija y hermana de Ana Bolena (que fueron los que quedan referidos), como un abominable monstruo é ídolo asentada en el templo de Dios, tomando el oficio y nombre de gobernadora y cabeza de la Iglesia; que quita y pone, visita, corrige y castiga á los obispos, y les concede y restringe la facultad de ordenar y confirmar, y ejercer los demas actos pontificales, á su beneplácito y voluntad. Y por no haberla querido obedecer, ha perseguido, maltratado, depuesto, encarcelado, apisionado, y finalmente muerto, á todos los obispos católicos que habia en Inglaterra. Vemos un reino noble, rico, poderoso, y el primero ó de los primeros que públicamente recibieron el Evangelio, que solia ser un paraíso de deleites, un jardín de suavísimas y hermosísimas flores, una escuela de virtudes, del cual han salido fortísimos mártires, santísimos obispos, sapientísimos doctores, confesores ilustres, purísimas y castísimas vírgenes, y entre ellas santa Úrsula con las once mil, hecho una cueva de bestias fieras, un refugio de traidores, un puerto de cosarios, una espelunca de ladrones, una madriguera de serpientes; madre de impiedad, madrastra de toda virtud, fuente de errores, y finalmente roca espantosa, en la cual ha dado al traves y hecho lastimero naufragio la santidad y religion; adonde, no solamente han concurrido de todas partes los herejes, que son monstruos infernales, sino que de allí, como de un castillo fuerte, han pregonado guerra contra la Iglesia católica, y procurado inficionar las otras provincias y reinos, é inquietar los príncipes católicos, y turbar la paz de la Iglesia, y tienen perdida á Escocia, desasosegada Francia, los estados de Flándes afligidos, y hasta los reinos de España y de las Indias puestos en cuidado y solicitud. Vemos una tiranía tan impia y bárbara, que con nombre de cristiandad ha quitado la misa y desterrado á Dios de su reino; que ha citado y mandado parecer en juicio á los santos del cielo, y condenádoslos por traidores, y que castiga por crimen de lesa majestad el tener ó traer cualquiera cosa bendita de Roma; que ha ejecutado su rabia y furor en una reina por ser católica, y héchola morir públicamente degollada por mano del verdugo ordinario de Lóndres. Si contra el mismo Dios es impia, ¿con quién será piadosa? Si contra los santos del cielo se atreve esta tiranía, ¿quién estará seguro della en la tierra? ¿Qué cosa santa y de devocion no aborrecerá la que por traer un *agnus Dei* descoyunta y mata á los que le traen, con atrocísimos tormentos? Si el nombre y majestad real no bastan para defender y librar de la muerte á una reina inocente, sobrina, sucesora, huésped, engañada con esperanzas blandas y falsas promesas, ¿qué católico que caiga en sus manos se podrá escapar? ¿Qué sangre no beberán los que se hartaron de su propia y real sangre? Pero ellos son enemi-

gos capitales del género humano, y la herejía, como fuego infernal é incendio abrasador y pestilencia destructora del universo, debe ser de nosotros aborrecida más que la propia muerte. Para esto nos aprovechará esta historia, y no ménos para despertar y avivar en nuestros corazones un santo y encendido celo de la honra de nuestro Señor y del bien del reino de Inglaterra; porque una de las cosas en que más se muestra ser uno hijo de Dios es si el celo de la honra de su padre le come y despedaza las entrañas; si tiene un vivo y fervoroso deseo que su santísimo nombre sea glorificado, un cuidado sobre todos los cuidados, que sea conocido, estimado, obedecido y reverenciado de todos este gran Señor, y que se cumpla en todo su voluntad, en el cielo y en la tierra. Si sus ofensas atraviesan nuestro corazón y le traen marchito y seco, y más las que son más universales y judiciales, como son las de Inglaterra, pues su veneno é infección se derrama y extiende por todo el mundo, ¿qué cristiano habrá que no sienta y lllore tantas y tan atroces injurias de Jesucristo; que no se derrita en lágrimas viendo la perdición de infinitas ánimas que cada dia se van al infierno; que no se compadezca de un número innumerable de católicos, sacerdotes, señores, caballeros, ciudadanos, mozos y viejos, hombres y mujeres, niños y niñas, que están miserablemente afligidos en Inglaterra; que si él estuviese en otro semejante y miserable estado, no desease ser socorrido y ayudado? ¿Quién de nosotros con todas sus fuerzas no procurará deshacer una tiranía tan bárbara, y quitar este oprobrio de toda la cristiandad? ¿Con qué podemos nosotros los españoles servir á nuestro Señor la merced que nos hace en conservar estos reinos en nuestra santa fe católica, sanos, limpios y puros de herejías, sino con el celo de la misma fe católica y deseo de su gloria, y que se conviertan ó se destruyan los herejes? Y si una vez se restituyó la misma fe católica, estando desterrado de aquel reino, siendo rey dél el rey don Felipe, nuestro señor, procuremos que se conserve ó que se cobre lo que entónces se ganó. No sería de ménos honra para España si echase el demonio de Inglaterra, que lo es haberle desterrado de las Indias, donde ántes de la predicacion del Evangelio era servido y adorado; especialmente que, echándole della, se echará en grande parte de otras muchas provincias de la cristiandad, que por su comunicacion, é industria de los que agora la gobiernan, sustentan sus errores y maldades. Y si ellos, abrasados de fuego infernal, atizan este incendio y ceban esta tormenta, y fomentan este aire corrupto y pestilente, y le derraman y extienden por los otros reinos, y envían á Moscovia y á los príncipes herejes, y solicitan al Turco para desasosegarnos y quitarnos, si pudiesen, la fe y la eterna salud de nuestras ánimas, ¿por qué nosotros nos dejáremos vencer de su endiablado furor, y no harémos por Dios nuestro Señor y por nuestra santa ley lo que ellos con tan extraña rabia y solicitud hacen contra él y contra ella? Herejes hay que,

cuando sale impreso algun libro de autor grave y católico contra sus herejías, por el cual temen que será menoscabada su secta de perdicion, se conciertan con el mercader de libros y compran todos los cuerpos que tienen del tal libro, y los queman, para que no parezcan, y por ellos sean convencidos sus errores. Pues ¿qué celo infernal es éste, qué solicitud, qué cuidado? ¿Quién de nosotros hace otro tanto por la verdad, como estos ministros de Satanás hacen por su mentira? Velemos, pues, y estemos alerta, y traigamos como clavo atravesado esta ansia y piadoso celo, y de dia y de noche supliquemos afectuosamente á nuestro Señor que se compadezca de aquel reino y le mire con ojos de piedad; que consuele á una infinidad de católicos desconsolados y oprimidos; que se acabe la impiedad y tiranía de gente desalmada y sin Dios; que valgan los merecimientos de tantos santos y santas como ha habido en aquella isla, y la sangre que áun está fresca y caliente, y estos años con tan gran copia han derramado tantos y tan valerosos soldados suyos por su amor. Llamemos á las puertas del cielo; pidamos favor á todos aquellos bienaventurados espíritus y ánimas puras que reinan con Dios, acudamos á la Reina soberana nuestra Señora, y representemos por sus manos con humil-

dad y confianza al Padre eterno el pecho abierto de su precioso Hijo; y esto no tanto para tener nosotros quietud temporal, y porque no infesten nuestros mares ni roben nuestras armadas los corsarios de Inglaterra (aunque éste es respeto justo y honesto, pero ménos principal), cuanto para que el mismo Señor sea glorificado y prosperada su santa Iglesia. Y para que seamos oídos más fácilmente, emendemos nuestras vidas y mostremos con las obras nuestra fe y celo santo; demos, si fuere menester, nuestras haciendas, trabajos y vidas por cosa tan grande; tengamos por muy gran merced de Dios (como realmente lo es) derramar la sangre por su santísima fe, y ser parte para atajar tantas y tan abominables ofensas como cada dia se cometen en Inglaterra contra su divina Majestad, y para excusar tan irreparables daños de las ánimas como vemos. Y con esto, esperemos en la infinita misericordia del Señor que, ó alumbrará á los herejes ciegos y les dará gracia para que vuelvan en sí, ó que los acabará y los desarraigará de la tierra, como acabó y dió fin á tantos otros enemigos suyos, que se levantaron en los siglos pasados contra su esposa la santa Iglesia católica, apostólica y romana.

FIN DE LA PRIMERA PARTE DE ESTA HISTORIA.